



## EL REINADO DE UN TUERTO.

(Continuacion.)

La utilidad de esta aplicacion se comprende recordando que ántes, para conocer con alguna precision la mayor ó menor potabilidad de las aguas, se necesitaban operaciones químicas que estaban al alcance de muy pocos, y sabiendo que la hidrotimetría está al alcance de todos.

La tintura jabonosa se prepara del sencillísimo modo que voy á decir á ustedes: Se toma, por ejemplo, una onza de alcohol, ó sea espíritu de vino, se disuelve en ella jabon comun (el minimum un adarme por onza de alcohol), lo que se consigue en breves momentos por medio de la ebullicion, cuidando en este caso que el alcohol no se inflame; se deja reposar esta disolucion, se purifica decantándola ó colándola por papel de estraza, con lo cual se separan las impurezas y el residuo del jabon,

pues conviene echar siempre más jabon que el que el alcohol puede disolver, y ya está la tintura en disposicion de servirse de ella.

—Veamos, dijo el maestro, de qué modo se sirve, porque el asunto es curioso y útil.

—Yo llevo, cuando voy por el campo, estos dos pomitos de cristal, el uno con la tintura jabonosa y el otro vacío. El vacío, como ustedes ven, tiene una señal á mitad de su altura, que es la medida del agua que me sirve de tipo, y cuyo peso viene á ser media onza. Llego á una fuente ó un rio, tomo agua hasta la señal del pomito, voy echando en ella gotas de tintura, contándolas y agitando el pomo con frecuencia, y así que el jabon no tiene sales que neutralizar ó destruir, aparece en la superficie del agua en forma de espuma per-

manente, blanca y ampollosa, que no puede confundirse con la grumosa, pesada, un tanto oscura, y efímera, que suele resultar con la agitación cuando el agua está tan cargada de sales que corta la tintura.

El agua destilada que no tiene sal alguna hace espuma en cuanto se echa una gota de tintura jabonosa y se agita. Así el agua que ménos gotas necesite para hacer espuma se acercará más á la destilada, ó lo que es lo mismo, tendrá ménos sales térreas en disolución, y será más digerible ó saludable. Más claro aún: si el agua de la fuente de la Peña ha necesitado para hacer espuma ocho gotas, y la de la Barrera diez y seis, la primera será doblemente mejor que la segunda.

Aquí tienen ustedes toda la sabiduría que yo he necesitado para averiguar cual agua era peor ó mejor de la de estas cercanías.

—Ya vemos, dijo el maestro, que esa sabiduría no era grande, porque con saber lo que V. acaba de explicar, eso lo hace cualquiera; pero ¿cómo ha podido V. averiguar la cantidad proporcional de agua que el río recibe de cada uno de los dos arroyos que le componen?

—Muy sencillamente: vi las gotas de tintura que necesitaba para hacer espuma el agua de las Calizas; vi las que necesitaba el agua de las Arenizas; vi las que necesitaba el agua del río, ó sean las dos juntas, y por una sencilla regla de proporción averigüé las que el río recibía de cada arroyo.

—¡Pues es verdad!

—¿Están ustedes convencidos de que tampoco esto me acredita de sabio?

—Tiene V. razón, que también eso, en sabiéndolo, se hace, como quien dice, por debajo de la pata.

Para que se pueda calcular lo que estas explicaciones me rebajarian á los ojos de los vecinos de la aldea, bastará decir que poco después de oirlas, algunos de los que más alto me habían puesto, me invitaron á jugar con ellos una partida de mus.

#### IV.

Despedida del tuerto.—De igual á igual.—La pícara vanidad.—Soliloquio amargo.—¡Pobres perros, pobres perros!—Camino de Echezuri.—El secreto económico.—El triunfo del sabio.—¡Ay!

El reloj de la torre de la iglesia dió las cuatro y media, y yo me dispuse á abandonar la aldeita, donde con tan inmerecida bondad había sido acogido y tratado. Fuíme, pues, con el señor cura á casa de éste para despedirme de su señora madre y su hermana, que no habían bajado al campo y aún continuaban teniéndome por rico melon, pues no conocían las pruebas que yo acababa de dar de que era pobre calabaza, y me recibieron con los mismos elogios y señales de admiración que poco antes me dispensaba toda la aldea.

—Señoras, les dije, siento que no hayan bajado ustedes esta tarde al campo, porque si hubiesen bajado, se hubieran convencido, como el señor cura y todo el vecindario, de que

era innmercido el concepto de sabio en que todos me tenían.

—Ofende V. á Dios, D. Antonio, me replicó la señora mayor, empeñándose en negar el dón del saber con que le ha favorecido, y debemos todos envidiarle á V.

—El señor cura sabe que todos ustedes se equivocaban al suponerme ese dón.

—¡Cómo ha de saber tal cosa el cura ni nadie!

—Señora, pregúnteselo V. si no...

—Sí, madre, dijo el cura, es cierto que D. Antonio, con una sinceridad que le honra, nos ha probado que todos nos equivocábamos al suponerle un sabio.

—¿Pero cómo puede ser eso cierto?

—Por que, como suele decirse, en tierra de ciegos, el tuerto es rey.

—¡Jesus! exclamó la anciana di-

rigiéndose á mí con familiaridad enteramente nueva; casi, casi me alegro de ello, porque así podremos tratarle á V. cuantas veces vuelva por aquí casi como á un igual nuestro.

—Eso he dicho yo, madre, y eso hemos dicho todos cuando D. Antonio nos ha probado que todo lo que él sabe lo sabe cualquiera con sólo enterarse de ello.

Iban á dar las cinco, y abrevié la despedida de las señoras de casa del cura, que me dijeron se abstenían, como en efecto se abstuvieron, de salir á despedirme al descansillo de la escalera, en prueba de la llaneza con que desde entónces se proponían tratarme.

(Se concluirá.)

ANTONIO DE TRUEBA.



## EL TEATRO DE LOS NIÑOS.

### I.

No es dudoso que todos nuestros suscritores serán aficionados al teatro, y que más de una vez habrán querido consagrarse por afición, ya á interpretar dramas y comedias, ya á imitar por la pintura las artes de la escena. Un teatro mecánico suele ser el bello ideal de todos los niños que no encuentran placer en jugar á los soldados y el marro; pero un teatro de los que se venden en los comercios de juguetes, ó es tan caro que hace difícil su adquisición, ó tan malo que no puede mirarse sin que se subleve en el espectador el instinto de lo bello. Decoraciones sin carácter, figuras desproporcionadas, conjunto desagradable é inverosímil: hé aquí los caracteres de la mayor parte de los teatritos que el comercio dedica á la niñez.

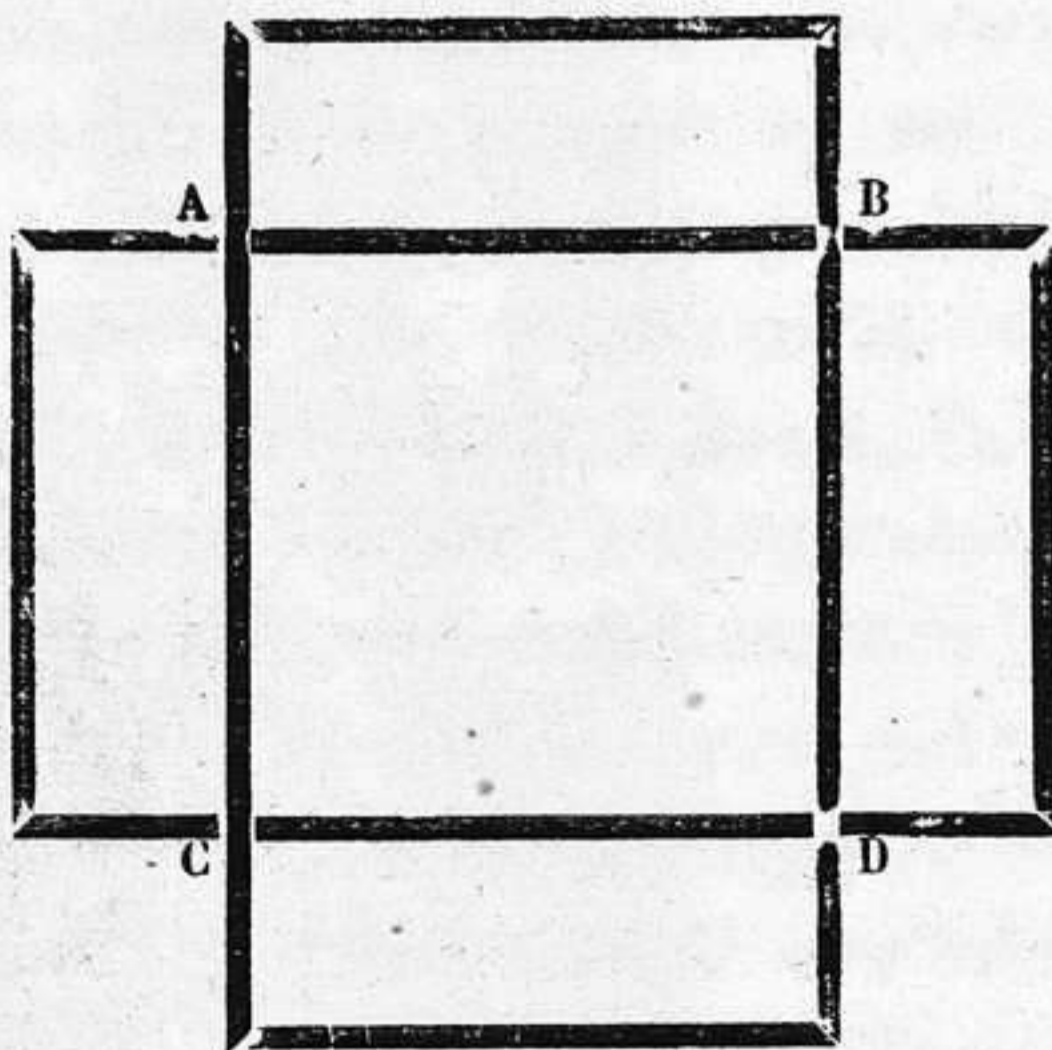
Para obviar estos inconvenientes y responder á las indicaciones de muchos de nuestros amables lectores, ofrecimos, al empezar este tomo, darles todos los consejos y planos que puedan necesitar para construir un bonito teatro de carton, pintarlo, decorarlo y contratar una numerosa compañía que sea capaz de representar todo clase de obras antiguas y modernas. Desarrollando despues nuestro pensamiento, hemos creido que les agradaria evitarse algun trabajo, y resuelto para ello — perjudicando nuestros intereses — darles en cromolitografía la portada, principales decoraciones y tipos de actores, dejándoles solamente el trabajo material de la armadura del teatro. Hoy contamos ya con los elementos precisos para realizar nuestro pensamiento, y no queremos cerrar el tomo ix de Los Niños sin dar á éstos algunas instrucciones para la construccion del escenario, cuya embocadura y telon quedan haciendo artistas inteligentes, mientras que otros preparan con mayor despacio el decorado y personajes, atrezzo y guarda-ropía.

Os supongo ya á todos armados de varios cartones de á dos cuartos, una regla sin mellas, un lápiz, un cortaplumas, unas tijeras, cantidad respetable de papel y una cazolita con engrudo, con su brocha ó pincel, para que no echeis á perder vuestros trajes.

Perfectamente. Ahora, como nuestro teatro tiene que ser portátil, nos ahorramos de un golpe el sacar los cimientos y construir bóvedas, y emprendemos desde luego la edificación del piso. Este será cuadrado, perfectamente cuadrado, para evitar confusiones de tamaño; y la longitud de cada uno de sus lados igual á la que tienen las líneas laterales de cada plana del periódico Los Niños.

No os apresureis á cortar el carton. Trazad con lápiz dicho cuadrado en el centro del mismo.

Como dicho piso tiene que tener alguna elevacion, hemos resuelto que ésta sea igual á la longitud de cada línea del periódico. Tirad paralelas á las líneas del cuadrado, á dicha distancia, prolongadlas un poco más, y cortad los remates hasta dejar esta figura.



Construida la figura en la forma del modelo, os falta una operacion delicada, que es hacer una huella con el cortaplumas, sin profundizar mucho, por las cuatro líneas com-

prendidas entre los puntos A B C y D. Esta operacion tiene por objeto que se pueda doblar fácilmente el carton sin romperlo.

¿Está ya? Muy bien; pues ahora lo doblais por las líneas indicadas, y os queda una bonita caja. Para que su duracion sea muy grande, convendrá, ya que os veo coger el engrudo y algunas tiras de papel para afianzar los lados, que, una vez hecho lo que indicabais, forreis toda la caja un par de veces. Poco importa que el papel sea malo, porque os advierto que soy muy aficionado al engru-

do y que todavía tendrán que ponerse varios forros. Pero no adelantemos la operacion. Ya veo que teneis hecha una caja perfecta, que no cojea por ninguno de sus lados poniéndola boca abajo; pero cómo está húmeda, la debéis poner al balcon, donde la dejaremos, si quereis, hasta el próximo número, pues me parece que eso de construir un teatro no es ocupacion que puede llenarse de una sentada.

Por otra parte, ya sabeis que la temporada dramática no empieza hasta el mes de Octubre.

O. Y B.

## LA NODRIZA NEGRA,

### DIÁLOGO DE NIÑAS.

—¿Con que, allá donde huérfana quedaste,  
Leche de negra fué la que mamaste?

— Leche de negra, sí, de mi María.

— ¡ Jesus! ¡ qué porquería!

— Si era blanca su leche,  
Como la de doña Ana Goyeneche,  
Tu mamá, que es tan rubia y colorada.  
Y á mí bien me sabía,

Segun dice mi abuela, enamorada  
De aquella alma de Dios, pura y hermosa.

— ¡ Echa, echa! ¡ Hermosa y pura!

¿ Dónde le veis del alma la hermosura  
Á esa chata horrorosa,  
Tizon con ojos que la vista hiere?

— Toma, en lo que nos quiere.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.



## LA HISTORIA DE ESPAÑA.

(Continuacion.)

LOS ÁRABES ESPAÑOLES.

### XXIV.

Á pesar de que hemos visto en el capítulo anterior que el califa Hescham habia enviado sus tropas á guerrear sin tregua ni piedad contra los cristianos que procuraban reconquistar su territorio, no por esto era un hombre perverso, pues cuentan que al morir dió á su hijo El-Hakem los consejos siguientes:

« Deposita en tu corazon, y no olvides nunca estos consejos, que quiero darte por el mucho amor que te tengo. Considera que los reinos son de Dios, que los da y los quita á quien quiere. Pues Dios nos ha dado el poder y autoridad real que está en nuestras manos por su divina bondad, démos gracias á Dios por tanto beneficio, hagamos su voluntad, que no es otra que hacer bien á todos los hombres, y en especial á los encomendados á nuestra proteccion: haz justicia igual á pobres y á ricos; no consientas injusticias en tu reino, que es camino de perdicion: al mismo tiempo, serás benigno y clemente con los que dependen de tí, que todos son criaturas de Dios. Confia el gobierno de tus provincias y ciudades á varones buenos y experimen-

tados: castiga sin compasion á los ministros que opriman tus pueblos á sin razon con voluntarias exacciones: gobierna con dulzura y firmeza á tus tropas cuando la necesidad te obligue á poner las armas en sus manos: sean los defensores del Estado, no sus devastadores; pero cuida de tenerlos pagados y seguros de tus promesas. Nunca ceses de granjear la voluntad de tus pueblos, pues en la benevolencia de ellos consiste la seguridad del Estado, en el miedo el peligro, y en el ódio su cierta ruina. Procura por los labradores que cultivan la tierra y nos dan el necesario sustento: no permitas que les talen sus siembras y plantíos: en suma, haz de manera que tus pueblos te bendigan y vivan contentos á la sombra de tu proteccion y bondad, que gocen seguros y tranquilos los placeres de la vida. En esto consiste el buen gobierno, y si lo consigues, serás feliz y lograrás la fama del más glorioso príncipe del mundo. »

Falleció Hescham despues de un reinado de siete años y medio, cuando contaba poco más de los treinta y nueve de edad.

Acerca de las costumbres militares de este reinado nos da un escritor las siguientes curiosas noticias. La gente de que constaban las hues-

tes musulmanas, dice, era de dos clases: la una pagada por el emir, la otra voluntaria, y ésta se armaba por su cuenta, peleando por Dios, por el Profeta y por el Islam, ó sea su religion musulímica. En sus costumbres y hábitos estaban muy patentes los usos orientales. Llevaban consigo, al estilo de Oriente, á campaña, sus tiendas, y las plantaban de tarde para cobijarse por la noche, y á la madrugada, sea en avance ó en retroceso, si habia que dejar el sitio de su campamento interino, las desataban y cargaban en acémilas ó carretas ligeras destinadas al intento; valíanse, ante todo, de camellos, extraños y connaturalizados en España, especie provechosísima y que ha desaparecido de este suelo con la morisma. La España, donde habian los cartagineses introducido aquellos grandiosos elefantes de África que pasaron á Italia con Aníbal y pelea-

ron con sus trompas y colmillos contra los romanos en Canas y Trasi-meno; adonde los árabes trajeron el camello y el caballo de su país, tan sólo conserva, en parte, éste último, cuya estampa é índole aparecen todavía en tales cuales castas de la Península.—Alzadas las tiendas, mulos y caballos atados y alineados á sus piquetes, camellos agazapados y rumiando por cuadrillas, y guerreros armados y formando corro en torno de las fogatas, así sería un campamento en sosiego, y, en suma, la Arabia en la Península. Rebullía-se todo al amanecer, se apeaban tiendas, se ensillaban caballos, se cargaba el bagaje y rompian la marcha; movidos ya los reales, alguna humareda acá y acullá estaba mostrando el paraje donde el ejército habia dormido ó trasnochado.

JANÉR.

## LA RANA Y EL CUERVO.

(FÁBULA.)

A cierta laguna,  
Su sed á apagar,  
Llegó un negro cuervo  
Por casualidad.  
Y en esto una rana  
Oyó, que á cantar  
Comenzaba entónces  
Por casualidad.  
—¡Cállate, importuna!.....  
¡Asco oírte da!.....  
¿Crees que deleitas,  
Por casualidad?  
La rana el insulto

No quiso aguantar.  
—¡Pues qué! ¿tu graznido,  
Por casualidad,  
Al cuervo le dice,  
Vale mucho más?.....  
. . . . .  
Si algun petulante,  
Por casualidad,  
Mi fábula lee,  
¿Escarmentará?.....  
Suceder pudiera,  
Por casualidad.

M. L. P.



## CÁRLOS BROSCHI,

(FARINELLI.)

Por los años de 1715 era objeto de la admiración de una de las escuelas de Nápoles un niño de diez años, dotado de tan maravillosas disposiciones para la música, que uniendo á los acordes de un mal violín la suavidad y encanto de su voz, acostumbraba á congregarse en torno suyo á todos los muchachos de su edad. En aquella época todo puede decirse que era espontáneo en él, y que sus talentos se habían manifestado por una resuelta vocación.

No habiendo sido ésta contraria-

da, el niño pudo algo más tarde tomar lecciones de canto del famoso maestro Póspora, y tales y tan rápidos fueron sus progresos, que contando sólo diez y siete años de edad, se presentó al público en los teatros de Roma, aventajando á todos los cantantes de la época y excitando la admiración de sus oyentes, que al mirar al artista, niño aún, superando las dificultades con que luchaban los músicos de más fama, rompían en aplausos entusiastas.

Aquel artista precoz había nacido

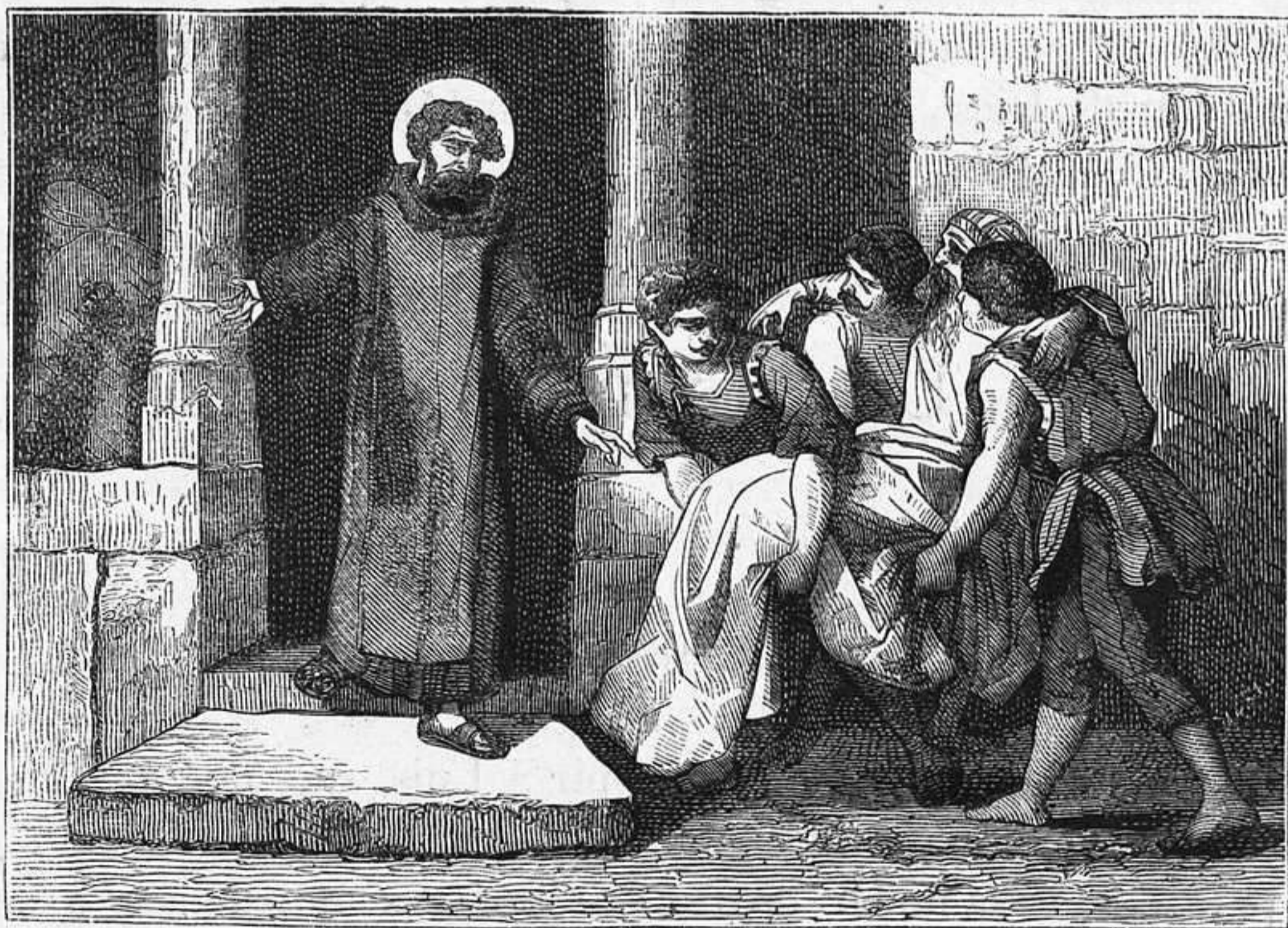


en Nápoles, en 1705, y se llamaba Carlos Broschi, aún cuando en el mundo del arte es más conocido por Farinelli.

Llamado á los teatros de Lóndres poco despues de la época en que le hemos visto conquistando en Roma sus primeros triunfos, logró una gran fortuna en la capital de Inglaterra, pródiga en recompensar al talento; pero habiendo sido llamado á Madrid por el anciano y achacoso monarca Felipe V, hizo menores sus padecimientos con su habilidad en el canto. En el reinado de Fernando VI, Farinelli alcanzó, por la pro-

teccion de la reina, una gran influencia en los negocios públicos; fué nombrado Canciller de Calatrava, y llegó á ser el único dispensador de gracias de la corona; pero su carácter le hizo que no abusase nunca de aquella influencia, y tuvo la grandeza de perdonar á todos sus enemigos y envidiosos, y el acierto de premiar el mérito y la virtud.

Á la muerte de la reina, Farinelli dejó á España en 1762, retirándose á Bolonia, donde murió veinte años más tarde, contando setenta y siete de edad.



SAN JUAN DE DIOS, CONFESOR.

(8 DE MARZO.)

San Juan de Dios nació en Portugal en 1495, de padres poco favorecidos por la fortuna, pero piado-

sos y caritativos, que le educaron religiosamente. El deseo de viajar le indujo, muy jóven aún, á dejar su

país y su familia ; pero reducido al poco tiempo á la mayor indigencia, se alistó en las tropas de Carlos V, y llegó á entregarse á todos los desórdenes tan comunes en la vida militar. Reflexionando despues sobre el mal camino en que estaba, se trasladó á África, esperando expiar allí sus pecados por el martirio ; pero su confesor le hizo regresar á España, donde tuvo la suerte de escuchar un sermón del P. Ávila, llamado el Apóstol de Andalucía, tocándole de tal manera al corazón, que para hacerse despreciable al mundo corria las calles fingiendo estar loco. El P. Ávila le hizo dejar aquel género de vida y consagrarse por entero al alivio de los desgraciados, lo cual hizo San Juan de Dios, poniéndose

antes bajo la protección de la Santísima Virgen, para lo cual fué en peregrinación hasta Nuestra Señora de Guadalupe. A su vuelta se dedicó á vender madera en el mercado para atender con sus productos al socorro de los desgraciados ; alquiló despues una casa para los enfermos pobres, y trabajó para cubrir sus necesidades con una actividad, una vigilancia y una economía, que produjeron el asombro de toda la población.

Éste fué el origen de la institución de la Orden de Hermanos de la Caridad, que tanto se ha desarrollado en todo el mundo católico. Un día en que se incendió su hospital, nuestro santo salvó á los enfermos, sacándolos por entre las llamas. Murió en 1550.

## LA MEJOR AMIGA.

(Conclusion.)

» Desde casa de la señora Condesa te escribo, pues mañana á la noche salimos para esa, y ya no se separará nunca de tu lado tu hijo que te adora.

LUIS.»

### XII.

¿Quién podrá, niños míos, pintar la alegría de toda la familia al reci-

bir á Luis, que llegaba con la Condesa?

Todos acompañaron á su casa á esta virtuosa dama, y ella dió á la madre de Luis las más perfectas seguridades para el porvenir, añadiendo que cuidaría de la madre y del hijo, hasta que Luis, con su carrera terminada, pudiese atender á las necesidades de la casa con holgura.

La despedida de los señores de Ci-

fuentes y de sus hijos fué mucho ménos dolorosa: ya dejaban al anciano y á sus hijos bajo una proteccion segura.

Enriqueta lloró muchísimo al separarse de su abuelo, de su tia y de su primo; pero amaba á sus padres y á su hermano con la mayor ternura, y no podia separarse de ellos.

Luis, su abuelo y su madre se instalaron en un cuarto segundo de casa de la Condesa, y el amable niño empezó de nuevo sus estudios.

Su bienhechora, viuda y sola, halló una amiga fiel en la amable y simpática señora de La Roca; y el anciano, que tenia un carácter alegre, que era muy instruido, y habia viajado mucho, les hacia tambien una agradable compañía.

Luis acabó su carrera con gran brillantez, y su abuelo tuvo la dicha de verle conferir la borla de doctor en medicina tan pronto como su edad lo permitió, colmando así sus más caros deseos y los de su madre.

Ocho años más tarde volvieron de América los señores de Cifuentes, ricos, porque la suerte ayuda siempre á los buenos, y la Providencia divina vela por ellos. Enriqueta era una hermosa jóven, orgullo de sus padres. Antonio habia seguido la carrera de ingeniero civil, y ya la traia terminada.

Enriqueta y Luis se casaron, y sus padres acordaron gustosos su enlace, que se verificó con general alegría y fué bendecido por el abuelo.

Antonio quedó al lado de sus padres; Enriqueta se fué á vivir con la

madre de su esposo, á la que tanto habia amado siempre, y con su abuelo, que la amaba tiernamente.

La Condesa se complacia en formar parte de aquella amable y bien unida familia; ella, que no la tenía, sabía apreciar lo que vale la dicha tranquila del hogar doméstico, y los goces íntimos que proporciona.

Pronto un hermoso niño vino á alegrar la casa. Enriqueta fué madre y al año siguiente tuvo una niña, á la que se le puso el nombre de Amelia, en memoria de la desgraciada que habia muerto víctima de su carácter indómito y voluntarioso.

¡ Con qué cuidado educó la familia á las dos tiernas criaturas! Enriqueta, sobre todo, se dedicó á formar el corazon de su Amelia, y separar de su carácter todos los defectos que habian causado la desgracia de su infeliz prima, y que estuvieron cerca de causar la suya. En lo que puso más cuidado fué en precaverla del humo de la lisonja, y en hacerla tomar horror á las familiaridades de los criados.

— Debemos tratarlos bien, les decia, porque son nuestros hermanos en Dios; debemos interesarnos por ellos, favorecerlos en cuanto podamos; socorrerlos, cuidarlos cuando les falte la salud; pero jamas familiarizarnos con ellos, porque eso, hija mia, trae muy fatales consecuencias; nos distingue de ellos la educacion, ese freno saludable que nosotros oponemos á nuestras pasiones, y que ellos no pueden oponer á las suyas.

Y sobre todo, hija mia, concluia

Enriqueta cada vez que dirigia á su pequeña Amèlia estas exhortaciones; sobre todo, no pierdas jamas la confianza en tu madre; cuéntamelo todo y que yo lea en el fondo de tu pen-

samiento, para que no pueda extrañarse con malos consejos, y me sea dado guiarle por el camino de la virtud y de la religion.

FIN.

## EL CERRO DE LA CIENCIA.

(TRADUCCION DEL INGLÉS.)

En esa estacion del año, en que la serenidad del cielo, los variados frutos que cubren la tierra, el descolorido follaje de los árboles y todas las marchitas bellezas del otoño predisponen á la mente á la contemplacion, vagaba yo por un hermoso campo, hasta que, vencida la curiosidad por el cansancio, me senté sobre el fragmento de una roca cubierta de musgo, donde el crujido de las desprendidas hojas, el choque de las aguas, y el murmullo de la distante ciudad, produjeron en mí una dulce tranquilidad: el sueño se apoderó insensiblemente de mí cuando estaba más preocupado en agradables cavilaciones que me inspiraban naturalmente los objetos que me rodeaban.

Inmediatamente me encontré en una vasta llanura, en medio de la cual se alzaba una montaña con una altura mayor de la que nunca pudiera figurarme. Habia en ella multitud de personas, en su mayoría jóvenes: muchas de las cuales marchaban apresuradamente, con la más viva expresion de ardor en su rostro,

aunque el camino era en muchos sitios escarpado y dificultoso. Observé que muchos de los que apenas habian empezado á trepar el cerro creian estar no léjos de la cumbre, pero que cuanto más adelantaban, veian levantarse nuevos cerros ante su vista, y la cima del más alto que podian distinguir, aparecia ser el pié de otro, hasta que la montaña semejaba perderse entre las nubes. Como estuviese contemplando estas cosas con asombro, un amistoso mentor se me apareció. «La montaña que está ante tí, dijo, es el cerro de la Ciencia. En su cumbre está el templo de la Verdad, cuya cabeza está por encima de las nubes, y un velo de pura luz cubre su rostro. Observa silencioso y atento los progresos de los que la siguen.»

Despues de un breve rato, dirigí mi vista á la muchedumbre que trepaba el escarpado cerro, y observé á un jóven de vivo rostro, penetrante mirada y ademanes fogosos é irregulares. Su nombre era *Genio*. Se lanzaba á la montaña como un águila,

y dejaba detras de sí á sus compañeros, que le contemplaban con envidia y admiracion: pero sus progresos eran desiguales é interrumpidos por millares de caprichos. Cuando el *Placer* se presentaba en el valle, él se mezclaba entre su comitiva. Cuando el *Orgullo* le indicaba el precipicio, se aventuraba á ir hasta su peligroso borde. Se entretenia en ir por sendas desviadas y desconocidas, y hacia tantas excursiones léjos del camino, que sus más débiles compañeros frecuentemente le adelantaban. Observé que las Musas le miraban con cariño; pero la *Verdad* á menudo fruncia el ceño y le volvía el rostro.—Mientras el Genio estaba malgastando sus fuerzas en excéntricas excursiones, vi á una persona de muy diferente aspecto, llamada *Aplicacion*. Se deslizaba con lento y constante paso, fijos sus ojos en la cumbre de la montaña, y removiendo con mucha calma las piedras que obstruían su camino, hasta que vió detras de sí á la mayor parte de los que primeramente se habian burlado de su lento y fatigoso progreso.—Habia, ciertamente, muy pocos que subieran el cerro con constante y no interrumpida firmeza, pues ademas de las dificultades del camino, estaban solicitados á salir de él por una inoportuna turba de apetitos, pasiones y placeres, y una vez que accedían á sus súplicas, eran ménos capaces de resistirlos, y aunque frecuentemente volvían á su senda, sentían las asperezas del camino con más violencia, el cerro les parecia

más pendiente y escarpado, los frutos, que eran sanos y refrescantes, los juzgaban duros y de mal gusto, su vista iba oscureciéndose, y sus piés tropezaban á la menor dificultad.

Vi, con alguna sorpresa, que las Musas, cuya ocupacion consistia en animar y alentar á los que subían con fatiga el cerro, cantaban frecuentemente en las moradas del *Placer*, y se unían á los que eran seducidos por el llamamiento de las pasiones. Sin embargo, les acompañaban, aunque breve espacio de tiempo, y siempre les abandonaban cuando perdían de vista el cerro. Los tiranos, entónces, aumentaban las cadenas á sus desgraciados cautivos, y los conducían sin resistencia á las celdas de la *Ignorancia* ó á las mansiones de la *Miseria*. Entre los innumerables seductores que se esforzaban por desviar á los partidarios de la *Verdad* de la senda de la *Ciencia*, habia uno, tan débil en su apariencia como fuerte y afortunado en sus tentativas, que apenas hubiera tenido noticia de él si no hubiera sido por la infinidad de personas á quienes insensiblemente habia cargado con sus cadenas. La *Indolencia*, pues, así era su nombre, léjos de trabar contiendas, no intentaba salir de la senda, contentándose con retardar su progreso, y como no podia obligarles á abandonarla, les persuadía á que descansáran en su marcha. Su contacto tenía un poder semejante al del torpedo, pues consumía la fuerza de los que estaban bajo su

influencia. Sus desgraciados cautivos aún volvían su vista al templo, y aún esperaban llegar á él; pero la tierra parecía deslizarse bajo sus plantas, y se encontraban al pié de la montaña, creyendo haber cambiado de lugar. La placentera serenidad que primitivamente apareciera en sus rostros, se retrataba insensiblemente en una melancólica languidez mezclada con la más profunda tristeza, como si manase por la corriente de la Indiferencia una oscura y perezosa agua no rizada por brisa alguna, ni alentada por ningún murmullo hasta su caída en un mar muerto, donde los sobresaltados viajeros se despertasen por el golpe y fueran enterrados al punto en el golfo del olvido.

De todos los infelices desertores de la senda de la Ciencia, ningunos me parecían ménos dispuestos á volver que los sectarios de la Indolencia. Los cautivos del Apetito y de la Pasión tenían ocasiones para librarse de su encanto cuando sus tiranos estaban soñolientos ó débiles; pero la dominación de la Indolencia era constante y no interrumpida.

Después de contemplar estas cosas, volví mi vista hácia la cumbre de la montaña, donde el aire siempre era puro y grato: la senda estaba cubierta con laureles y siempre-

vivas, y el resplandor que radiaba el rostro de la Ciencia parecía deramar la gloria sobre sus adeptos.— « Dichosos aquellos, dije yo, á quienes les es permitido subir la montaña! »— Y al lanzar esta exclamación, vi detrás de mí una figura de las más divinas formas y del más dulce aspecto. « Más dichosos, dijo, son aquellos á quienes la Virtud les conduce á las mansiones del Contento y de la Alegría! — Qué, dije, entonces, la Virtud reside en el valle? — Yo me encuentro en el valle, dijo; yo ilumino la montaña, animo al pobre en sus trabajos, é inspiro al sabio en sus meditaciones. Me mezclo en el tumulto de las ciudades y bendigo al ermitaño en su celda. Tengo un templo en cada corazón que posee mi influencia, y aquel que me desea, me tiene en el mismo instante. La Ciencia puede levantarte hasta la eminencia, pero sola yo puedo guiarte á la Felicidad. »— Mientras la *Virtud* de esta manera estaba hablando, extendí mis brazos hácia ella con tal vehemencia, que me desperté. El helado relente caía sobre mí, y las sombras de la noche oscurecían el paisaje. Inmediatamente regresé á mi casa meditabundo y silencioso.

JOHN AIKIN.



## PROBLEMAS.

La solución de los problemas insertos en la página 223 es tan sencilla, que muchos de nuestros habituales acertadores no se han tomado la molestia de comunicarnos el resultado de sus meditaciones.

Con efecto, para evitar que los mosquitos piquen á uno de noche (problema 28), lo mejor es dormir de día.

Las cocinas se hacen dentro de las casas (29), porque sería extravagante hacer las casas dentro de las cocinas.

Lo primero que uno hace al salir al sol (30) es sombra.

Más que un palo (31) duelen dos.

Para encender una bujía (32), lo primero que se necesita es que se halle apagada.

Los primeros que vieron el mar (33) fueron los ojos.

Para tener siempre dinero (34), hay que no gastar el primero que se tenga.

Detrás de los cielos (35) está el *Santificado*; para convencerse de esta verdad, no hay más que rezar el Padre Nuestro.

NIÑOS SUSCRITORES QUE HAN ACERTADO  
NUESTROS PROBLEMAS:

D. Francisco Ansaldo y Otalora, de Madrid, el 30, 31, 32, 33 y 34.

D.<sup>a</sup> Carmen, D. Manuel y D. Antonio de Chaves

y Beramendi, de Madrid, el 29, 30, 31, 34 y 35.

D.<sup>a</sup> María de los Angeles Ruiz-Jiménez y Novelle, de Madrid, el 30, 31, 32 y 34.

D. Rafael Asin y Linares, de Alicante, el 29, 30, 32, 33 y 34.

D. Manuel Rodríguez, de Málaga, el 13, 15, 16 y 18.

D. Jesus M. Canton, de Madrid, el 31, 33 y 34.

D. César Lambea, de Piña, el 30, 31, 32, 33, 34 y 35.

## NUEVOS PROBLEMAS.

36.— Demostrar que las tres cantidades que siguen son iguales:

157,024  
34,129  
4,825

37.— Un labrador envió al mercado á sus tres hijas, de las cuales la mayor llevaba cincuenta huevos, la segunda treinta y la más pequeña diez. «Todas habeis de vender los huevos á un mismo precio, y todas habeis de traerme la misma cantidad.» Averigüese cómo se las compusieron para obedecer á su padre.

38.— ¿Cómo adivinarémos el número de monedas que tenga cualquiera en el bolsillo?

39.— Cómo aplicarémos un carbon encendido sobre un pañuelo, sin quemarlo; cómo derretirémos plomo dentro de un papel; cómo lograrémos que un hilo ordinario toque á una llama sin quemarse.

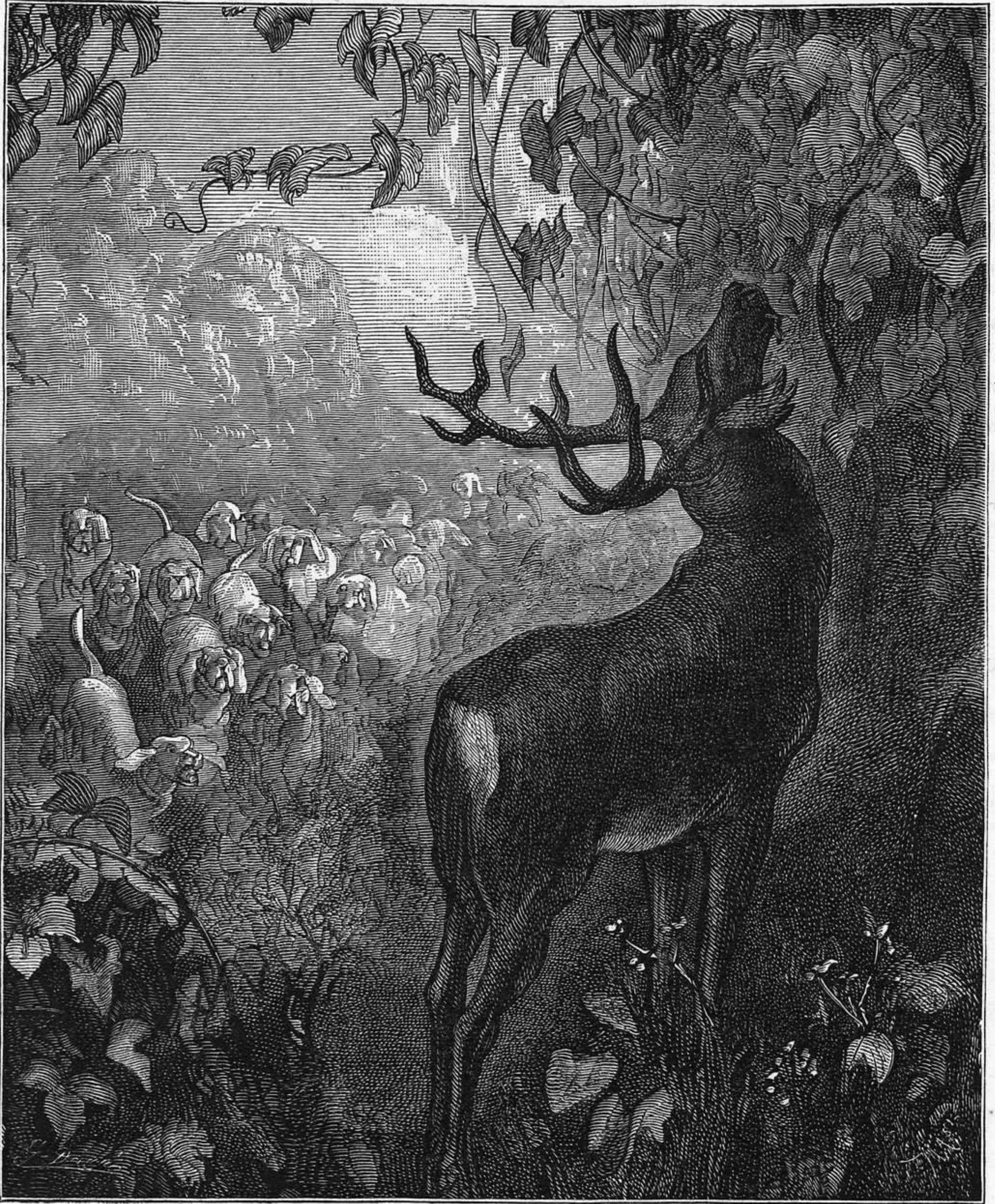
## EL CIERVO Y LA PARRA.

Al abrigo de una parra  
De hermosura singular,  
Que hacia ostentoso alarde  
De su prodigalidad,  
Cargada de dulce fruto  
Que no se vió nunca igual,  
Escondióse un pobre ciervo  
Que huía, sin fuerza ya,  
De una temible jauría  
Ansiosa de desgarrar  
Entre los sangrientos dientes  
Al azorado animal.  
Oculto el ciervo, los perros  
Vieron burlado su afán,  
Y por más que olfateaban,

No lograron acertar  
En qué sitio estaba el ciervo  
Presa de angustia mortal.  
Al fin los llamó la trompa  
Otra pieza á levantar,  
Y el ciervo quedó tranquilo  
Y libre de todo mal,  
Pero su buena fortuna  
No la supo aprovechar.  
La parra, que era tan buena  
Para su seguridad,  
Ingrato, ó muy torpe, ó necio,  
La comenzó á destrozar,  
Arrancando los racimos  
Y las hojas sin piedad,

Tronchando y rompiendo ramas  
 ; Incauto! sin reparar  
 Que la parra destruyendo

Descubierto estaba ya,  
 Y si los perros volvian  
 No se podria escapar ;



Y volvieron en efecto,  
 Y allí murió el animal.  
 Quien evitar su mal puede,  
 Y no lo quiere evitar,

No debe tener derecho  
 A quejarse de su mal.

FRONTAURA.